

Rafael Cabanillas Saldaña

Valhondo

editorial



cuarto
centenario

De la edición © Editorial Cuarto Centenario

De los textos © Rafael Cabanillas Saldaña
rafaelcipt@gmail.com

Edición Editorial Cuarto Centenario

Diseño y Maquetación IMP Comunicación

Impresión AGSM Artes Gráficas

Foto de portada Shutterstock

Foto de solapas Ricardo Martín García

Ilustraciones epílogo © Lola Bailón

ISBN 978-84-124312-4-7

Depósito legal D.L. TO 57-2022

Editorial Cuarto Centenario C/ Laurel Real, 6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



Navalcaballo y los sueños	11
Barbería Prudencio	27
La escuela Yasnaia Poliana	47
Los guardas	55
Los furtivos	71
Los alambres	87
Las lentejas y el ciervo	97
Viernes con poesía	109
Pastores y rehaleros	125
El día que vino Amparo	141
Matías Malinvierno	155
Trilobites y huerto	163
Cuando llega la sangre al río	175
El aullido de los perros	189
La Juani se ha ido	203
La noche que estalló la tormenta era miércoles	215
EPÍLOGO	231

A Antonio Basanta Reyes. Porque sin ti, este libro no habría existido. Retos, palabras, sabios consejos... en torno al territorio *Quercus*, que de pronto se transforman, como un milagro de primavera, en un libro. En la historia de un pueblo, de una escuela, de un maestro.

Gracias, Antonio.



*“Para llevar la educación
al campesino se necesitan tres cosas:
escuelas, escuelas y escuelas”.*

León Tolstói

“

– ¿Y tú por qué escribes, Rafael?

– Si te soy sincero, a mí me hubiera gustado ser escritor de cartas de calle.

Escritor callejero. Allí, sentado en una mesita, con mi pluma y mi tintero, mis cuartillas de papel ámbar, escribiendo cartas por encargo. Cartas de amor.

Siempre cartas de amor: a la abuela que voló por las nubes, al soldado herido en la batalla, al padre que se fue a Alemania.

Al marino que espera y recoge en cada puerto su carta.

Cartas para las que el cartero siempre llama dos veces, mientras hacéis el amor como salvajes sobre la mesa enharinada de la cocina.

Escribir a todos los enamorados que solo viven por leer esas cartas.

A los amantes que alimentan su amor de papel y palabras.

A los hombres y mujeres perdidos en los chozos de las sierras y cuyas únicas cartas se las llevarán las palomas mensajeras.

Pero no pudo ser. ¡Quizás en otra vida! ¡Ojalá!

Por eso me quedé en peón de albañilería. Trabajo la piedra y la palabra.

Eso soy: un albañil de la palabra.

Y escribo para construir un mundo mejor.

”



Navalcaballo y los sueños

“

Ocurrió de madrugada, escribiendo el final de esta historia, en esa oscuridad del silencio y los miedos. Eran tantos los personajes queriendo intervenir y hablar todos a la vez, que creí volverme loco. Porque ya no mandaba yo, mandaban ellos.

”

Llegué a Valhondo el 1 de septiembre del año 1982. Era miércoles y yo, desde ese día, desde ese preciso momento, era el maestro de su escuela. Una escuela unitaria con un único maestro para veinticinco muchachos. En el pueblo no había plaza. Tan solo cinco calles, con sus casas bajas que daban cobijo a sus doscientos moradores. Varias hileras de casas. Unas de teja, otras de pizarra. No había plaza, porque bastante tenían con haber ido colocando las casas en línea recta, una tras otra, hasta completar la calle, hasta completar la cuesta. Un solarcito mínimo para construir tu casa y un corral abierto al aire y al monte, al azul del cielo y al verde del bosque. Casita pequeña, corral inmenso. Como para pensar en plazas. Por no dejar espacio, ni siquiera dejaron un hueco para construir la iglesia. Valhondo... sin iglesia. Apóstatas de la sierra. O Dios se había olvidado de ellos o, de puro abandono y pobreza, para el señor obispo esta feligresía no existía. Feligresía de pastores, corcheros, mieleros y leñadores. Guardas y cazadores furtivos. ¿Entonces, el funeral de un muerto? A la escuela. ¿Bodas, bautizos y comuniones? A la escuela. Siempre a destiempo, a desmano; que, si me apuras, al muerto se le escapaba ya el olor a muerto, de tanto esperar al señor cura para el entierro. A pesar del hielo, que se licuaba por las rendijas de la caja, como si el difunto hubiera estado

en remojo. O congelado. Y se estuviera lentamente derritiendo al tiempo que el alma escapaba de su cuerpo. ¡Qué malo es morir en julio o en agosto! ¡Cómo vas a comparar! Lo mejor es morir en invierno. Porque, con la tardanza, el frío ayuda a la conservación del muerto. El buen hombre asistía a treinta aldeas y al municipio cabeza de partido. De las aldeas, la más alejada de todas, Valhondo. Con las prisas y los calores, el cura llegaba sudando y con unos cercos bien visibles en la parte de las axilas de su deteriorada sotana. Negra, pero de un negro brillante y descolorido, grisáceo, tirando a blanquecino, metálico. Entraba a la carrera, secándose el sudor con un pañuelo de color desconocido, y diciendo siempre lo mismo: – ¿Qué le vamos a hacer, si nos hemos quedado sin vocaciones? ¡Ni los negritos quieren ya ser curas!

Yo había madrugado para no llegar tarde a mi cita con el alcalde. A falta de plaza, habíamos quedado en la fuente del caño, que para entonces ya era mucho más que una plaza. Porque, según me contó posteriormente el señor alcalde, en una de esas largas pláticas cuajadas de sabias disquisiciones: – A la plaza se va por placer. A sentarte en un banco o a comerte unas pipas. Si no te apetece, no vas. Pero a esta fuente del caño tienes que venir por obligación si no quieres morirte de sed. Sí o sí. Agua para beber, para cocinar, para asearse y para el baño, si ya abandonaste el retrete, que es el mejor alimento de las gallinas. Alimento por lo bajo.

Nunca se madruga demasiado, pues, en madrugando de sobra, eres tú el que gobiernas el tiempo y no el tiempo a ti. Y como me sobraba, al coronar el puerto que llaman de Navalcaballo – tras treinta kilómetros de curvas y subidas de vértigo –, me aparté en el alto y paré el coche. A mi espalda, el sol naciente sobre la llanura y todas las sierras de parte solana. Del otro lado, a mi frente, la umbría de valles y más valles hasta perderse en un horizonte lejano, imperceptible, oscuro. En la bajada, escondido en el fondo del primer valle, me esperaba Valhondo, el alcalde en una fuente y mi escuela con sus veinticinco muchachos.

Era septiembre, todavía verano, pero a la noche hacía frío en esa tierra. Por eso Valhondo ya prendía, muy de mañana, las lumbres de sus cocinas, con sus humeantes chimeneas de piedra. Para

desperezarse y quitarse el frío de la noche que se había metido en sus huesos. Un frío prematuro. Y para calentar el puchero del café, el puchero *colorao*, y servirse un buen tazón de leche, manchado de café, con los restos de pan duro para ensopar. Pues en esta aldea, aunque ya estuviera a punto de salir la primera cochura del horno de la señora Engracia, la panadera, primero se come el pan duro. Y cuando se acaba el pan duro, tiramos del tierno.

El cielo estaba limpio, despejado, sin una nube. Un día esplendoroso, de los últimos que le restan al verano antes de que se eche encima el otoño, con sus hojas de viento y sus tardes de luz amputada. Sin embargo, desde aquella altura, Valhondo aparecía envuelto en una especie de niebla. Pero no era niebla, era el humo de las chimeneas. Un humo que, en vez de ascender al cielo, como debe ser, se había quedado prendido a los tejados de las casas, a los postes de la luz, a la picorota de los cuatro árboles que quedaban en el pueblo. Dos olmos viejos y dos algarrobos. Uno de ellos bien hermoso. El de la fuente. El humo, todavía caliente, enredado entre sus ramas. Científicamente, sería un efecto de la presión atmosférica, es cierto, no lo niego. Pero para mí, un poco deslumbrado por esa visión y unido a ciertos miedos que me punzaban en el estómago ante mi llegada a esa escuela, algo mágico. Esa fue la primera impresión que me dio aquella visión desde el alto de Navalcaballo: Valhondo envuelto en una neblina mágica que, al atravesarla, al introducirme en ella minutos más tarde, me situaba en un mundo desconocido, encantado, irreal, etéreo.

Con esas ensoñaciones me metí en el coche, un tanto destemplado, del mareo de las curvas y del frío, para rematar mi camino descendiendo al valle. Al arrancar, me dio por pensar en ese caballo. ¿Que en qué caballo? ¿En cuál ha de ser? En el que da nombre al puerto y separa las vertientes de la sierra: Navalcaballo. ¿Habría una historia real sobre un caballo o sería una leyenda? Un caballo cuyo jinete portaba un mensaje al galope, un mensaje de vida o muerte, y al coronar el puerto murió derrengado, con el corazón roto, partido en pedazos. ¿O sería también, como esa aldea de niebla, un caballo alado, de los que se aparecen en los sueños, fruto

de una bella leyenda? Una bella leyenda al galope de una mujer todavía más bella.

El señor Prudencio, el alcalde, es un hombre bajito, achaparrado. Que gasta garrota y sombrero, aunque no tenga más de setenta años. – Por desgracia, la autoridad – explica – no viene del cargo ni de la sabiduría que uno atesora, sino de cuatro símbolos que han metido en la cabeza de los hombres. A machamartillo. Para domesticarlos: un bastón de mando, un sombrero, sea picudo como el del papa de Roma o plano de militares, el sonido de una corneta, la bandolera del guarda con su brillante chapa o una simple bandera. ¿Y qué es una bandera si no un trapo pintado de colorines? ¡Y mira los que han muerto por ella! ¡Siempre los mismos, los más *desgraciaos*, los más tontos! Morir por una bandera, menudo engaño. El general gritando desde un cerro: – ¡Al ataque, a morir por vuestra bandera! –. Y allá que te van los pobres ignorantes, bayoneta en mano, a morir por un trapo. Mientras el general otea la muerte desde su caballo... y se vuelve al cuartel tan pancho.

Él también ha madrugado. Porque duerme poco y porque tiene el sueño *revirao*. Además, el hecho de llegar a esa fuente casi una hora antes de la cita, tiene toda su simbología. Respeto y cariño para ese maestro que no conoce personalmente, aunque haya hablado dos veces con él por teléfono. – Sí, claro, tío Prudencio, hablar dos veces es como conocerse ya de toda la vida –. Ese maestro joven que está al caer. Empezar con buen pie es esperarlo con una hora de adelanto. Como para exorcizar ese maleficio que les había caído encima: en veinte años de vida de la escuela, quince maestros y cinco maestras que solo resistieron un curso. A maestro por año. Y algunos, ni siquiera lo completaron. Que se dieron de baja porque se pusieron malos, enfermos sin diagnóstico porque ese mal no aparece en los libros de medicina. – Su enfermedad, tío Prudencio, se llama sierra. ¿Te acuerdas de aquella señoritinga? ¿Cómo se llamaba la *jodía*? ¡Angustias, eso es, Angustias! ¿A la que le picó una avispa, se le hinchó la cara como una botija y se marchó para nunca volver? –. Al acabar el curso, desaparecen, huyen a otro destino y no se vuelve a saber nada de ellos. Ni una carta ni un telegrama ni un recuerdo. Nada. Así pasa, que entre que conocen a

los chiquillos y se adaptan a la sierra, las clases se han acabado. A tomar por culo a otro sitio. Adiós, adiós, que no quiero volver más por aquí. – Lo importante es que el maestro se quede, que no sea ave de paso. Que se asiente y se hermane con la aldea – le explica a la Amalia, que se ha llegado hasta la fuente a llenar seis cántaras de agua. – Mientras sean aves de paso y no aves carroñeras, tío Prudencio, nos conformamos. Está claro que no les gusta el monte. Y se van a escape, en cuanto pueden.

El alcalde es señor Prudencio o tío Prudencio dependiendo del interlocutor. Para la Amalia, que es de su quinta y se conocen desde que nacieron, es tío Prudencio. ¡*Pachasco!* Por mucho alcalde que sea. Para sus coetáneos o mayores que él, es también “tío”, pues le siguen viendo como a un muchacho. En ese paquete puedes meter además a los que tengan de cincuenta años en adelante. Para ellos, tío Prudencio. Para el resto, señor Prudencio. Y si son forasteros, todavía más señor y menos tío. Pues de no ser así, sería faltar al respeto no solo al hombre, sino a todo un pueblo: Macario el de los chivos, Ulpiano el forestal, Saturnino el cartero, Carbones el piconero. Que para algo los representa. No me preguntes qué reglas rigen estas fórmulas de tratamiento, porque no podré explicártelas. Ni están escritas en sitio alguno. Mucho menos en el ayuntamiento, que tampoco existe. ¿Dónde está el ayuntamiento entonces? En la escuela. Otra vez la escuela. Una escuela abierta al pueblo que lo mismo acoge el pleno municipal como acoge a un muerto. Pocas son las reuniones, mire usted. Porque para reunirse tiene que ser cosa gorda. Una cosa *soná*. O *señalá*, si lo prefieres. Decir a los vecinos que hay que juntarse en la escuela, es echarse a temblar. Porque siempre es por algo malo. Que en Valhondo no hay reunión que sea buena. La última, para que el comandante de puesto de la Guardia Civil informara y alertara sobre la desaparición de Lisardo, el de Navaltoril. Que luego apareció hecho un barbudo salvaje en una cueva de las cumbres de la sierra de Altamira, allá por los riscos de Malamonedá. Lo encontró un tal Tiresias*, pastor del Enjambre. Cosa mala son siempre esas reuniones que te ponen el cuerpo en vilo. Porque la reunión verdadera, la

(*) N.E. Ver novela *Enjambre*. Rafael Cabanillas Saldaña. Ed. Cuarto Centenario

auténtica, está en ese corrillo que se forma alrededor del caño del agua. La plaza del agua, con su fuente y su algarrobo bebiendo por sus raíces el sobrante. Así está de hermoso. ¡Esa es la plaza buena, la sabrosa! Pues ahí es donde se guisa, se cuece y se hornea todo lo que acontece en la sierra.

El ayuntamiento, en puridad, son los dos libros y las tres carpetas que tiene el señor Prudencio guardadas en su casa. En la alhacena. Porque es de cristal y así esos documentos no se estropean ni se apolillan. En la alhacena con las copas buenas. Las del brindis con sidra El Gaitero de la Nochevieja. El ayuntamiento en pleno metido dentro de ese hueco acristalado. Desde hace veinticinco años, que son los años que lleva de alcalde, custodia esos papeles. Alcalde antes con el antiguo régimen y ahora que ha llegado la democracia. Él dio sepultura a la dictadura y él estrenó la democracia. Mientras, según pasaban los años, entre sepelio del régimen y bautizo de las elecciones, las carpetas iban engordando. De esas azules con un par de gomas prietas. Prietas, prietas, pues van bien *preñás* de papeles. Cuando el alcalde se carga los dos libros y las tres carpetas en sus brazos para dirigirse a la escuela, se puede decir que lleva el ayuntamiento encima. A cuevas. El ayuntamiento en sus brazos, igual que se acuna a una criatura.

Mientras Amalia va llenando las cántaras y las va colocando en su carrillo, cada una en el hueco de rejilla que la Amalia ha almohadillado con trapos *arriataos* con unas pitas para que no se rompan en el trayecto, el tío Prudencio sigue con su cháchara. Aunque la mujer lo haya escuchado cientos de veces, no le importa. Pues cuando no hay novedades que contar, y la sierra da bien pocas, es mejor repetir, antes que guardar silencio. En la fuente donde canturrea el agua, mejor hablar que callar. Por eso la Amalia le sigue la corriente, metiendo algún *jinchonazo*, igual que corre el agua de esa fuente. Palabras mezcladas con su canto. Claras, limpias, repetidas hasta crear ese tarareo de agua. Por respeto a la autoridad, pero interés ninguno. La prueba es que la conversación se acaba cuando la mujer llena sus cántaras, las carga en el carrillo y arrea para su casa. Sin prisa, al ritmo lento, parsimonioso, que marca el corazón de esta sierra. Donde el tiempo se dilata, se estira. Igual que estira

el señor Prudencio, cabizbajo, sus paseos de ida y vuelta debajo de ese algarrobo fresco y grande. Ahora no es el ayuntamiento en sus brazos, ahora es el futuro de un pueblo en su cabeza. Demasiado lento, demasiado parsimonioso. Pero intrínseco, consustancial a la vida de la aldea. Por lo que un hecho como la llegada del nuevo maestro, se convierte en un acto solemne. Las agujas del reloj se paran, no corren. Como si la llegada de ese joven hubiera detenido en seco los relojes. ¡Cuánto tarda este hombre!

Desde el alto de Navalcaballo hasta la aldea se echan veinte minutos. Llegas y aparcas el coche donde quieras. En el pueblo solo hay un vehículo. Un Land Rover largo que lleva a los jornaleros al trabajo de los pinos. Diez hombres como diez soles. En los pinos manda el ICONA. El forestal del ICONA, que es andaluz pero trabaja en esta tierra, se hospeda donde la Virtudes, que le ha dado alojamiento. Cama, desayuno al amanecer y cena. Pues para el almuerzo se lleva una taleguilla que mete en el zurrón con una tartera. Es un tipo huraño y nunca va a la taberna. Según la Virtudes, se encierra en la habitación y es como si desapareciera. La Virtudes, que no es nada cotilla, explica en la fuente a las vecinas que en la habitación tiene bastantes libros. En concreto seis libros, diez sobres y un puñado de cuartillas de escribir cartas, y un cuadernillo con muchas anotaciones. ¡Un tipo raro, extraño! Lo que no sabe con seguridad, pues no iba ella a estar mirando por la cerradura, es si lee los libros de verdad o los tiene de adorno en la repisa. Ya se sabe que muchos libros son más de adorno que de lectura. En algunas tiendas de muebles venden al metro tiras de libros; falsas, huecas, de cartón, como algunas molleras. La Virtudes es tan prudente y respetuosa con su inquilino, que todo eso lo ve obligatoriamente cuando limpia la habitación y coloca los armarios y ordena requetebién los cajones y husmea en la libreta por si lo escrito tuviera valor e importancia para comunicárselo a las vecinas. Solo, dice, por ayudar al pueblo. Se llama Ulpiano, pero le llaman el Andaluz o, estando en faena, señor forestal. Muy respetuosos, señor por aquí, señor por allá, pues es él quien decide los jornaleros que trabajan en los pinos. Dependiendo de cómo vaya el corte. La labor de estos hombres es rozar el monte bajo con los *calabuezos*, cortar

algunos pinos que marca Ulpiano y hacer cortaderos. Hablando sin rodeos: prevención de incendios. Cortan el monte bajo que se come los pinos, por dos razones: la primera, para que los pinos tiren sin esas jaras, *abulagas*, retamas y romeros que no los dejan crecer. Pues esas plantas se llevan toda el agua de la lluvia y todo el alimento de la tierra. La sustancia. Así están algunos pinos, *esmirriaos*. La segunda razón es que el fuego corre por las patas, no por las copas. Si el suelo está limpio de monte, el fuego no avanza. Si no quieres *calabuezos*, mete una buena *partía* de cabras, que son las mejores limpiadoras de monte. Ulpiano les ha garantizado, si van “razonablemente” las cosas y el ICONA marcha bien de fondos, trabajo para todo el año. Pero sin gandulear, que por mucho que estires la faena no te va a dar para otra temporada. De eso ni hablar. Que aquí se mide por hectáreas rozadas, no por días de trabajo. El gandul se queda en su casa. ¡Cualquiera arriesga! Que si al forestal se le mete entre ceja y ceja, y las tiene bien negras y espesas, como cerdas, te quedas sin jornal y sin jornal no hay pan. Luego vienen los problemas. Ya sabes el refrán: Donde no hay harina, todo son bronquinas. Agua de la fuente la que quieras, pero qué mal sienta aguachinarse sin meter algo sólido en la barriga.

Aparcas donde te dé la gana porque el único coche que podía ocupar la plaza de aparcamiento está en la sierra, en los pinos. Yo aparqué junto a la casa del maestro. En la misma puerta. En ese momento no sabía que esa sería mi casa. La casa del maestro. Era, por tanto, como si me hubiera llevado la inercia. Un imán que me atraía hacia ella. La casa está en la misma carretera. Frente a su puerta, la fuente con el algarrobo y un par de bancos donde se sientan los viejos. Mirándose uno a otro, para obligarles a hablar. No se les vaya a secar la lengua y la memoria. Bancos enfrentados para facilitar la conversación. Aunque hay mañanas en las que se sientan, dan los buenos días y ya no sueltan palabra. Porque a estas alturas de sus vidas ya lo tienen todo dicho. Les queda el silencio, las miradas y la espera. Del algarrobo cuelga un columpio sencillito: un madero y dos sogas. Al otro lado de la carretera, a menos de treinta metros de la casa, la escuela, y por debajo de ella, la casa de Primitivo, el pastor. Cabrero, más que pastor. Que en diciendo

pastor, la cabeza se te llena de balidos, de lanas y de ovejas. Hasta de algún ladrido del perro carea. Más listo que el hambre gobernando el rebaño. Pero aquí el rebaño es de cabras y no de borras. La casa de Primitivo, que desde este momento se convierte en mi más cercano vecino, tiene una nave y unos buenos porches para el ganado.

– Interesa llegar al año – dice Jeremías, el leñador, al bajarse del Land Rover y aprovechando que no le oye Ulpiano, el Andaluz –, para cotizar y cobrar el paro. ¿El mejor invento de la democracia? ¡Las elecciones!, diréis. ¡Por los cojones! Yo digo que lo mejor que ha traído la democracia es: ¡El paro! Vamos, sin comparación. Si mi difunto padre levantara la cabeza y supiera que podemos cobrar un jornal sin trabajar, le daba un soponcio. Nada, que no se lo creería. Con el hambre que han pasado. La *jambre* de mi padre y mi abuelo. No es el jornal completo, hasta ahí podíamos llegar. Pero un buen pellizco. Como una lotería para las miserias de estas sierras. Pero hay que trabajar y cotizar un año. Y que no te falte ni un solo día. Que, en faltándote, te quedas sin el desempleo, como explican ellos. Los oficinistas, me refiero. ¡Virgen bendita, quién lo iba a decir! –. Y aprovechando que entra la Virgen en la conversación, Antonio, otro hombre de los pinos al que llaman Toño, añade: – Si cotizas un año, sellando bien los cupones, te corresponden tres meses de paro. Cuando se acaba, otra vez a rellenar poco a poco la cartilla. Que cuando la ves tan limpia, con tanto hueco en blanco, te entra una tristeza infinita. Yo no quiero verla, que ese asunto lo lleva mi mujer, que sabe más que de letras que yo. Ya ves tú, yo... un analfabeto *perdío*. Aunque no idiota. Dicen en la radio, que esto del paro lo han puesto para obligar a cotizar a la Seguridad Social. Que, por lo visto, no lo hace casi nadie en España. Que nadie paga, vamos. Para acabar con los jornales de acá para allá, sin control, y sin dar de alta. Como cuando nos llevan a rozar a las fincas o a las monterías. Si se cumple la ley, a partir de ahora, cada día de esos deberían ser días cotizados. Días y días que se acumulan para cobrar el paro. Días que van sumando. Engordando el cupón, joder, el cupón del paro.